

la Iglesia recién edificada; Francisco levantò sus ruinas, quando las padeciò. Tenga Pablo sus aplausos por haver dilatado la Fè entre los Gentiles; tengalos Francisco por la parte que ha tenido de conservarla incorrupta entre los Christianos. Concedase à Pablo una grande gloria por haver sido vaso de eleccion, pero no se le niegue à Francisco. Amo mucho à mi Serafico Padre, pero me acuerdo de las prohibiciones, que han salido del Vaticano sobre las comparaciones hechas entre los otros Santos, y los Apostoles; y por esto hiciera criminal mi devocion, si pensasse no solo preferir, sino igualar la fantidad, y merito de mi Serafico Padre San Francisco con la de Pablo. Ha sucedido San Francisco à Pablo en la empresa de trabajar à beneficio de la Fè, y esto basta. Pero quantas oposiciones tuvo que vencer el Serafico Patriarca, (1) para llegar à reparar las ruinas, que padecia la Iglesia? (2) El infierno le hizo la primera guerra, pues apenas naciò ya le opuso el abismo una legion entera de sus farias, para que le combatiessse. No se destinò una sola aguila como en Ezequiel, (3) para que desentrañasse la medula deste Cedro; (4) no un solo gusano, que royessse la raiz, y secasse las esperanzas desta yedra, como en Jonàs: Un exercito entero compuesto de setenta mil Demonios aprontò el infierno, capaces de agotar con su rabiosa sed el Jordan mas caudaloso de la gracia. Yo quiero que vosotros considereis aora dos cosas; la una quanto temiò el infierno à Francisco, pues para atajar las corrientes de su zelo, le opuso no menos embarazos, que los que podian hacerle setenta mil Demonios apostados para hacerle guerra con todas sus fuerzas, y ardides; la otra el valor deste nuevo Soldado, el qual se coronò siempre de triunfos, viniendo à las manos contra un exercito entero.

No

(1) Spec. part. 1. cap. 406. (2) Pisan. fruct. 4. part. 2.

(3) Ezech. cap. 17. v. 3. (4) Jon. cap. 4. v. 7.

No es facil, oyentes, poder decir, quanto deseaba el Demonio perder à Francisco. Intentaba, ya obscurecerle con el humo de la vanagloria, ya atollarle en el cieno de la torpeza, ya oprimirle con el peso del oro. Renovaba los esfuerzos, y las astucias, que se leen en el Apocalipsis, y acechando como dragon antiguo este parto de la gracia, huviera dado quanto tiene el mundo, si fuera suyo, à trueque que cayendo Francisco le adorasse. Pero como no hay baterias capaces de rendir un corazon bien pertrechado de la gracia, el Demonio trabajaba para su ruina, cayendo en el lazo mismo, que disponia à su enemigo, y recibiendo heridas de las mismas saetas, que vibraba contra Francisco. Le embestia con sugestiones de vanagloria, Francisco oponia la humildad mas profunda. Hacia à los Pueblos, que le alabassen, Francisco mandaba à un hijo suyo, que le llenasse de oprobios, y desprecios. Los hombres levantaban su merito hasta las Estrellas, Francisco se abatia hasta los abismos. Intentaba el Demonio que Francisco fuesse el mayor pecador, Francisco à despecho del infierno, se reconocia por tal, pero no lo era. Ya que no le servian estas armas, substituyò otras. Acometiò à Francisco con la torpeza, ya que no podia con la sobervia. Pero como podia introducir el hedor deste vicio en aquel Paraiso donde estaban tan florecientes las azucenas, y en aquel jardin donde la fragancia de las rosas no sufría viva la sabandija inmunda? Si le acomete con sugestiones, Francisco se abraza unas veces con las zarzas, otras con la nieve en lo mas erizado del Invierno. Si se vale de una muger hermosa, y desembuelta, para deshojar el lirio de su purissimo candor, Francisco tiende por el suelo los carbones encendidos, y despojandose de su abito, se recosta sobre las asquas, y apaga con este fuego el de la impura muger. Una flecha le quedaba al Demonio en su aljava, y no quiso tenerla ociosa. Las armas que quedaban provar eran las riquezas, las quales como la saeta de Jonàs

dificultosamente retroceden, (1) ò como la espada de Saul rara vez dan en vano. Quántas veces, pues, le hablaba al oído el Demonio à Francisco, renovandole la memoria de la opulencia de su casa, y representandole amables sobre todas las cosas las riquezas, que pudiera poseer, aun con seguridad de conciencia? Francisco daba una repulsa rigida à todas las sugestiones, y llevando adelante la empreña, que tenia encomendada de reparar la Iglesia, prevenia los materiales de una renunciacion heroica de todos los intereses de la tierra.

Mas hay Señores! que no fueron solamente los Demonios, quienes hicieron oposicion à nuestro Santo. Su mismo Padre atribuyendo à deshonor de su familia la nueva vida, que emprendia hacer el Joven Francisco, hizo un empeño tan furioso, y precipitado para desfalcalle de sus propositos, que dudo pudiera inspirarle semejante un animo barbaro. Con prisiones crueles, con golpes desapiadados, y con furias pretendiò como otro Herodes quitar la vida à la fantidad en su misma cuna, y fue menester para fosegar su enojo, que delante el Obispo de Assis renunciassè nuestro Santo solemnemente, no solo la herencia, y los vestidos, sino el titulo de hijo. Desgraciado achaque de la fantidad! De ordinario la persiguen los que debieran ser los primeros en fomentarla, y para un Moysès, que quando ora le sostienen las manos sus parientes, (2) hay mil Abeles, que si sacrifican mueren à manos de sus hermanos. No obstante, Francisco con un corazon tan defengañado como magnanimo, todo lo desprecia, todo lo vence, todo lo tolera. En atencion à que la Iglesia, fue fundada sobre las zanjias abiertas por el Evangelio, se propone el mismo Evangelio, para tratar de su reparo. Instituye una Regla, que es una cifra del

(1) 2. Reg. cap. 1. v. 22. *Sagitta Jonata nunquam reddit retrorsum, & gladius Saul non est reversus inanis.* (2) Exod. cap. 16. v. 12.

del Evangelio, y en la qual son preceptos de rigurosa observancia muchos consejos del mismo Evangelio. Conocia el Serafico Patriarca ser el Evangelio una fecunda semilla, con la qual se ha ido propagando la Iglesia, y en consideracion desto quiso servirse del Evangelio para repararla. Pero èl procurò ante todas cosas hacer de sì un Evangelio vivo. El Evangelio en sì mismo contiene una virtud despreciable en la apariencia, pero maravillosa en la substancia. El es una doctrina simple, pero divina. Simple en las palabras, pero profunda, y divina en los sentidos, de la qual dice San Gregorio, (1) que: *Divinus sermo sicut misterii prudentes exercet, sic plerumque superficiei simplices refovet*; y lo asemeja à un rio alto, y llano, en el qual se passea el cordero, y nada el Elefante. Así el Evangelio, y así Francisco. Examinad si puede hallarse virtud mas simple, lenguaje mas humilde, doctrina mas sincera, y menos admirable en la apariencia; mas en lo interior contiene virtudes tan heroicas, y tan profundas, que puede nadar dentro, y aun quedar sumergido qualquier espiritu, aunque sea Elefante por su grandeza: *In quo & Agnus ambulet, & Elefas natet.* El Evangelio siguiendo otra opinion que la del figlo, llama bienaventurados à los pobres. Francisco desapropiandose de todos los bienes de la tierra, pudo responder como San Spiridion à los que le preguntaban, quien le havia despojado tan indifcretamente: *El Evangelio es quien me ha desnudado mis vestidos.* Francisco como el Evangelio tiene una apariencia sencilla, pero esconde una virtud agigantada. Su exterior lleno de simplicidad, mas su corazon poseido de los sentimientos mas profundos: *In quo & Agnus ambulet, & Elefas natet.*

Al Evangelio llamò San Geronimo (2) compendio de

Q2

10.

(1) S. Greg. præf. in Job, cap. 4. *Quasi quidam quippe est furvus, planus, & altus ut ita dixerim, in quo & Agnus ambulet, & Elefas natet.*

(2) S. Ger. cit. de Cor. à Lap. in proem. ad Matth.

toda la Theologia, y San Francisco puede intitularse igualmente una cifra breve, pero compendiosa de la Theologia mas sublime. En el vereis Señores la Fè, la Esperanza, y la Caridad, que son quienes guian à la Gloria. En el la Theologia Polemica, que con una ogeada desata todas las dudas, y ilumina los hereges, cuya voluntad està mas llena de tinieblas aun, que su entendimiento. En el toda la Theologia mistica, cuyos frutos de extasis, y árrobos enseña con solo dejarse ver. En el la Theologia moral de la Prudencia, de la Fortaleza, de la Justicia, y de la Templanza, que muestra en todas sus obras. En el singularmente se lee aquella Theologia, que debe predicarse, y aquella otra con que se debe predicar. La primera es Jesu Christo predicado de San Francisco mas con el egemplo, que con la lengua; la segunda es la llaneza, y la simplicidad con que debe predicarse Jesu Christo, segun aquello del Apostol: *Non in sublimitate sermonis, (1) aut sapientie anuntians vobis testimonium Christi.* Desta manera predicaron el Evangelio los Apostoles, y desta manera lo predicariamos tambien nosotros, si no hicieramos tanto estudio de agradar al mundo. No nos avergoncemos de confesarlo delante de quienes conocen nuestra culpa. De otra manera que nosotros lo predicamos, lo predicò San Francisco, dejandose ver à un tiempo Evangelio vivo, y Predicador zeloso. Su fia, predicando el Evangelio, y dandò practicadas en su persona las severas maximas del mismo Evangelio, era renovar en los hombres la imagen de Christo, borrada ya por la corrupcion de las costumbres. (2) Què idèas tan bastas no le hizo concebir su zelo, para hacer florecer de nuevo la inocencia? Quàntas invectivas usò para hacer amable la virtud, y odioso el vicio? En quàntos empeños entrò para reducir à la observancia mas pura la ley del Evangelio? Aplicaba su zelo para refrenar las

(1) 1. ad Cor. c. 2. (2) *Donec fornetur Christus in vobis.* Ad Gal. c. 4.

las libertades de la lengua à fin de reparar la Iglesia combatida de la heregia con la voz. Comunicaba el fuego de su amor para inflamar los animos, à fin de reparar la Iglesia combatida del Atheismo con el corazon. Obraba milagros para confundir los consejos de los hombres, à fin de reparar la Iglesia combatida de la politica con las obras. Todo lo obraba con el animo de hacer una conquista para el Redentor, y una abundante restitucion al Paraíso.

Què maravilla, Señores! Y què otro pudo obrarla que Dios mismo? Francisco nacido, y criado en casa de un Mercader, noble igualmente que opulento, aplicado en el verdor de sus años à los intereses del trafico, apenas oye: *Vade, repara domum meam, qua labitur;* ya es oido como un Apostol nuevo en las plazas de Assis. Predica à los mismos, que pocos dias antes havian sido sus compañeros en las diversiones de la vanidad. Ya le escuchan como oraculo, ya le veneran como Santo, ya se le rinden como vencedor, ya le juran obediencia como Padre. Su voz es temida como un trueno de la divina ira, y no solo consigue de los obstinados la observancia de la ley, sino que hace abrazar los difíciles consejos del Evangelio à aquellos mismos, que aborrecian oír los preceptos. A su imitacion renuncian las propiedades, y posesiones, y viven gozofos con la pobreza voluntaria. De todas partes acuden à el los pecadores mas rebeldes, y parten de su presencia convertidos en unos nuevos hombres. Todas las cosas tomaban un semblante nuevo. Los Principes le amaban, y con la direccion de sus consejos mejoraban de ambicion, anhelando por los bienes, y honores del Cielo. Las Virgenes qualificadas del honor, y de las riquezas, se llenaban de un horror provechoso con sola la vista del Serafico penitente, y se sentian llamadas à morir enteramente al mundo, para vivir à Jesu Christo. Francisco las dirigia en qualidad de Maestro, y ellas recibiendo con docilidad sus consejos, hacian una vida tan inocente,

que solo por tener cuerpo eran conocidas inferiores à los Angeles. Los Tratantes dejaban sus usuras, los Oficiales evitaban los engaños en sus tiendas, los Jueces administraban la justicia con equidad, y desinterès. En las familias reinaba la paz, en la juventud la disciplina, en los Cleros la modestia, en los templos la veneracion. Para conseguir tanto como consiguió, en un tiempo en que la virtud parece tenia prohibicion de salir al publico, hubo de vencer muchos estorbos propuestos por parte de la prudencia del siglo. Pero Francisco destilaba miel de las piedras, y aceite de los peñascos; porque de los mismos embarazos para la virtud, sacaba sus medras. No es facil Señores contar todos los reparos, que hizo San Francisco en la Santa Iglesia. Su Religion recién fundada, fue, ò como aquella fuente viva, que veía Mardocheo crecer por instantes hasta ser un rio caudaloso, ò como la Arca de Noè, que en un diluvio de culpas mantenía viva la piedad. Siete Discipulos contaba aun solamente San Francisco, bien que algunos dellos, como Fray Bernardo de Quintabal, y Fray Pedro Cataneo señaladísimos por su qualidad, por su literatura, por su nacimiento. A estos los embió à que hiciesen guerra à los vicios, y comunicasen su fuego al corazon frio de toda Italia. Con estas siete columnas, puede decirse se mantenía entonces la casa de Dios. Con estas siete luces brillaba el candelero de la Iglesia. Creció despues el numero tan excesivamente, que en el primer Capitulo General, que se celebrò, tuvo San Francisco el consuelo de ver juntos cinco mil de sus hijos. (1) Pero què hijos? Hijos tan adictos à la observancia de los mas severos preceptos, y consejos del Evangelio, tan despreciadores de los intereses de la tierra, tan hechos à tener sus delicias en la Cruz, tan acostumbados à dilatar las conquistas de la piedad, y de la fé, tan impenetrables à los tiros de

(1) Cornej. vid. de S. Francisco, cap. 71.

la sensualidad, y del amor propio, tan superiores à los acometimientos del infierno, y finalmente tan enemigos de sí mismos, y de las delicadezas del sentido, que un San Francisco de Assis, con haverles antes persuadido tanto la penitencia, entonces juzgò necesario, deber mandar como mandò por obediencia, que mitigassen el indiscreto rigor, con que se trataban, porque no acabassen sus vidas à manos de su zelo. Digno espectáculo, Señores, ciertamente el que se viò entonces, capaz de detener todas las corrientes de la iniquidad, y reducir todo el Christianismo à la pretendida reforma. Lo creereis? Mas de quinientas mallas de hierro, cilicios, cadenas, y otros instrumentos de mortificacion se vieron à los pies del Santo Patriarca. Doy por testigo al Cardenal Hugolino, el qual estuvo presente à todo, y mirando no solo con edificacion, sino con horror, aquel espantosísimo aparato de crueldad santa, no pudo contenerse sin clamar: *Verè castra Dei sunt hæc*; (1) verdaderamente que estos son los batallones de Dios, y estos son los Soldados del Cielo.

El infierno se costernò viendo una multitud tan exorbitante de valientes guerreros empeñados en combatir sus furiosas huestes. Por este temor formaron un Conciliabulo para tratar de restablecer las pérdidas, que les causaba esta Religion. Cada espiritu rebelde apurò su ingenio en tratar ardides para entibiar à lo menos el zelo, y el fervor, sino se podia exterminar enteramente. Dios le revelò à su Siervo Francisco estos consejos del Abismo, para que previniese à sus hijos contra las sagaces astucias de la antigua serpiente. Le aseguró el Señor de su proteccion, dejandole oír al Santo Patriarca estas palabras: *Esta Religion es mia, y tomo de mi cuenta defenderla*. Ved, pues, vosotros quan inútiles serian todos los esfuerzos del infierno para destruirla. En

Q4

con-

(1) Gen. cap. 32. v. 2.

conservarla estaban interesados el credito de Dios, la pureza de la fè, la salud de las almas, el honor del Evangelio, el bien de la Iglesia. Hay de mi Señores! de solo pensarle se me enfia la sangre. Poned, que al fin huviera el Demonio logrado acabar esta Religion. Supongamos, que el Señor, siempre venerable en sus juicios, le huviera dado licencia para arrancar hasta las raices mas profundas de este arbol, que empezaba ya à ser el gozo, y las delicias del Paraíso. Quàntas perdidas huvieran padecido la Religion, y la piedad? Quièn huviera llevado el Evangelio al Africa, al Asia, al America? Quièn huviera santificado tantos millones de almas en el nuevo mundo? Quièn huviera dado tanto Pontifices al Vaticano, tantos Obispos à las Iglesias, tantos Martires à la Fè, tantas Virgenes al Paraíso, tantos Interpretes à las Escrituras, tantos zelosos Predicadores à los Pueblos? Si el Demonio huviera cortado en flor esta hermosa planta, no huviera producido los frutos maravillosos, que la Iglesia, y todo el mundo no ha acabado aun de admirar. Pobres Escuelas! defraudadas en tal caso del esplendor, que les diò el Serafico Doctor San Buenaventura. Pobre España, pobre Francia, pobre Italia! cuyos hereges, y pecadores sentados en las tinieblas de la muerte, no huvieran visto amanecer aquella luz, que encendiò delante de sus ojos un San Antonio de Padua. Pobre Ungria, y pobre Boemia! quièn huviera animado à sus Principes para promover la empresa de atajar las rapidas corrientes del furor Otomano, sino huviera havido en el mundo un Capistrano? Pobres Griegos del siglo quinze! se huvieran mantenido en sus errores, y division, sino los tragera desde Constantinopla à Ferrara, para unirse con la Iglesia Latina el B. Alberto de Sarciano. El nombre dulcissimo de Jesus no tendria oy dia en la Iglesia la veneracion, que tiene, si huviera faltado un San Bernardino de Sena, el qual sufrió hasta ser acusado de herege por esta causa. El misterio dulcissimo de la

la Concepcion, quando huviera llegado à la gloria de ser en la Iglesia tan venerable, si un Escoto no desatara de su lengua en Paris un rio de sagradas persuaciones, para inundar à quantos sentian con menos piedad de la original pureza de Maria? Los lugares santos de Jerusalem donde se obrò nuestra salud, no serian oy dia profanados de los Barbaros, si faltassen de alli aquellos pobres hijos de S. Francisco, que mantienen la veneracion à costa de sus fatigas, y de su sangre? Quièn duda, Señores, que este patrimonio, que fue allà à adquirirles à sus hijos San Francisco, lo mantienen mas que con las grandes limosnas, que ofrece la piedad, con el precio de sus sudores, de los crueles tratamientos que reciben, y de las vidas, que han sacrificado muchas veces al odio de aquellos infieles Mahometanos? Desgraciado Pesebre, donde Jesu Christo diò los primeros alientos sobre el heno! Sobre èl se apacentarian los brutos, sino huviera hijos de San Francisco tan voluntarios en ofrecerse à los azotes, y carceles, para mantenerlo con honor. Triste sepulcro donde fue puesto el destrozado cadaver del Salvador! Aora seria el escarnio, y la burla de los Mahometanos, si los pobres hijos de San Francisco no fuessen tan prodigos en ceder su descanso, y sus conveniencias para conservarle la veneracion. Mas què pretendo yo, Señores, con todo esto? Quiero acaso contar todos los frutos, que ha producido esta Religion, y todos los servicios, que ha hecho à la Santa Iglesia? No quiera Dios pretenda yo una empresa à cuya dificultad debe ceder la eloquencia mas facunda, y mas atrevida. He insinuado solo algunos de los muchos reparos, que ha hecho esta Religion en la Santa Iglesia, porque sin saber como me he visto precisado à hacerlo assi. Unas cosas han llamado à otras, y el conato, que puso el infierno en acabar esta Religion recien fundada, me ha puesto en la necesidad inevitable de haver de decir quantas ruinas huviera padecido la Iglesia, si le huviera faltado un egercito

tan formidable al Abismo , no solo por su numero, sino mucho mas por su disciplina militar , y por su valor. Mi proposito solo es manifestar como ha llenado San Francisco el titulo de Reparador de la Iglesia , reduciendo por si mismo la relajacion à los caminos de la observancia , y de la piedad. Para esto necesito yo , que dada à la venerable antiguedad la Fè , que se merece, bolvais los ojos à mirar quanto obrò la santidad de su zelo. Vereis en los pecadores arrepenidos egemplos mas raros de virtud , que quando vivian inocentes. Quien antes en los tableros , y las tiendas desnudaba los pobres con sus injusticias , despues los viste à costa de su desnudez. Quien antes no perdonaba la sangre agena, aora tiene su gusto en derramar la propia. Quien aspiraba sobervio à las dignidades , aora ofrecidas las renuncia , y poseidas le sirven para humillarse. Quien tenia su placer en las peligrosas licencias de los teatros , aora lo tiene en los silencios profundos de las cuevas. Quien miraba con horror las llagas de los pobres , aora en los hospitales busca las mas asquerosas, y corrompidas, para manosearlas, y besarlas. Quien miraba las galas con embia , aora las mira con escandalo. Quien no podia sufrir una palabra de desprecio , aora no solamente la tolera , sino suspira por los oprobios. La dissolucion se muda en recogimiento , las casas de juego en congregaciones de piedad , los teatros en oratorios , las conversaciones impuras en conferencias de espiritu , los conventiculos de Satanàs en juntas de devocion , los templos ya vienen estrechos à la multitud de los que concurren à aplacar en ellos à Dios. Es menester dilatar los claustros , para dar lugar à la muchedumbre , que corre à buscar asilo contra las riquezas , y la vanidad. En las familias ya es sugeto de lastima aquel , à quien cae la fuerte de suceder en la herencia. Los que estàn atados al siglo con tan fuertes lazos , que no pueden romperlos para trasladarse à la soledad , entretienen sus esperanzas con una

vi-

vida contenida, y arreglada. A la virtud se le levanta el destierro , y buelve con libertad à dejarse ver en las plazas. Los vicios si comparecen en publico alguna vez, piden prestados sus vestidos à la virtud. Pierden su estimacion los vestidos ricos, y pomposos, quedan sin aprecio los mayorazgos mas pingues, y nada se cuida de adquirir rentas con el frio titulo de mantener la decencia del estado. Los que no hacen profesion de ser virtuosos , sienten bien à lo menos de la virtud. Los que no se declaran por el partido de la piedad, no la combaten. Los que no toman los egemplos , los alaban, y los que quedan pecadores , son pecadores modestos.

Tanto , Señores , hizo Francisco à beneficio de la Iglesia de Dios , que padecia sus ruinas. Y como podia menos de causar tal mudanza en las costumbres el egemplo de un hombre , en quien compètian de poder à poder la humildad , el desprecio , la caridad , la penitencia , la honestidad , y todas las virtudes? Podria la perfidia mantenerse obstinada , à vista de un hombre , en quien nada se echaba menos , para reconocerle un nuevo Apostol? Havria valor para resistir à las exortaciones de un hombre , victima de la penitencia , y de la caridad? Miradle , Señores , con mayor atencion : Francisco estaba siempre tan hambriento de desprecios , que para conseguirlos à medida de sus deseos , se declaraba publicamente por el mas impio de los pecadores , y no ser creido era su mayor dolor. Quando se miraba venerado de los Pueblos como Santo , se entraba en el lodo , y con industriosa humildad pretendia ser despreciado como loco. Si atraidas de la suave fuerza de sus egemplos , ò de la ambicion de ser beneficiadas con sus milagros , le rodeaban las turbas desengañadas , y convertidas para alabarle con los nombres de Apostolico , y de Santo , èl entonces à semejanza del Redentor , (1) se retiraba

(1) Joan. cap. 12. Fugiebat in montem ipse solus.

ba con modestia, huyendo al monte secretamente. Si los mayores Principes de la Iglesia le tratan con estimacion, y con confianza, él muestra un disgusto igual al de un hombre ambicioso entre los desprecios. Pero hay de mi Señores! aora es fuerza, que pida yo vuestra atencion, à esta reflexion que voy à hacer. Ya havia Francisco conseguido mil triunfos de la vanidad, y del amor propio; ya tenia inmenso sequito su instituto; ya havia cruzado la Italia varias veces, alcanzando en todas partes vitorias de los apostatas de la Religion, de los contumaces de la Fè, de los rebeldes al decalogo; ya havia corrido la España, y dejado en ella muchos monumentos de su zelo: ya havia penetrado el Egipto, y llevado la luz del Evangelio hasta el trono del Soldan: ya havia embiado sus hijos à predicar el nombre del Señor à las mas incultas, y barbaras Naciones: ya havia visto teñido en Marruecos el pobre sayal de su Orden con la purpura del martirio: ya miraba desterrado el lujo, y la dissolucion à diligencias de su predicacion, y de sus consejos: ya veia reducido el fausto à los justos limites de la decencia: ya dejaba en sus hijos una semilla bendita, capaz de recibir la bendicion del Cielo, y de fecundarse en una generacion de Santos. En suma San Francisco miraba la Iglesia restablecida en la mayor parte de sus pérdidas, y si todo su campo no estaba sembrado de trigo puro, à lo menos era ya muy poca la cizaña.

Entonces, pues, quando ya tantos frutos podian llenar sus deseos, se quejó de su desidia, y hablando con un compañero suyo le dijo: *Demonos prisa hermano, que hasta aora apenas hemos dado passo en el servicio de Dios.* Y qué decís vosotros Señores à vista desto? Tantos meritos por una parte, y tanto desprecio dellos por otra? Tantas virtudes, y una estimacion de sí tan despreciable? Tantos servicios à la Iglesia, y una confesion tan clara de su desidia? Millares de almas santificadas por su zelo, y nada cree haver hecho en

el

el servicio de Dios? Ha Padre mio amantissimo! así conviene que sintais de vos, para ser conocido como Heroe de humildad. Esta como es ciega, para ver las propias virtudes, por esso no te deja ver quanto has obrado à beneficio de la piedad, y de la Fè. Mas no es menester, que tu cuentes, como el Apostol, tus fatigas sufridas en las trabajosas conquistas hechas en obsequio de la Iglesia. Si tu has sido hasta aora siervo inutil, ò provechoso, lo diràn el lujo, y el exceso vencidos de una espontanea pobreza. Lo diràn los vicios, los quales haciendo antes en su triunfo reputar vergonzosa la profesion de la virtud, aora corren à esconderse entre las tinieblas avergonzados de comparecer à la cara de un mundo entero, que los maldice. Lo diràn las riquezas antes adquiridas con las industrias de la avaricia, aora destinadas à ser patrimonio de los pobres. Lo diràn los amores antes ofrecidos à los idolos de una hipocrita belleza, aora dedicados à ser recompensa de las finezas del Redentor. Lo diràn las Ciudades, donde no se ven sino egemplos de piedad. Lo diràn los desertos de los claustros, donde van à buscar seguridad los que conocen peligro entre los escandalosos estrepitos del siglo. Si has sido inutil, ò provechoso, tocarà decidirlo al Cielo, que cada dia se reconoce deudor à ti de los nuevos pobladores, que recibe. Tocarà decidirlo à la Iglesia, que reconoce en ti una columna para su apoyo, una poderosa mano para su defensa, un General valiente, y experimentado para adelantar sus conquistas. Tocarà decidirlo al mundo todo, el qual mira restaurada su inocencia, y cultivada la piedad à diligencias tuyas, y de los hijos, que dejas ya informados con tus egemplos. Mas digan todas las criaturas quanto quieran de lo provechoso que ha sido San Francisco à la Iglesia; él insiste no obstante, en que delante de Dios es siervo inutil, y nada ha hecho en el servicio de su Magestad. Qué deberemos, pues, confessar nosotros, que somos arboles infructuosos, destitui-

ruidos de buenas obras, y envanecidos con el follage de un exterior edificativo? Ha Señores! Francisco trabajaba mucho, y creía trabajar nada, nosotros nada trabajamos, y creemos trabajar mucho. Francisco vivía una vida inocentísima, y se tenía por el mayor pecador, nosotros hacemos una vida delincuente, y nos reputamos inocentes. Las mismas maldades las queremos vender por virtudes. La codicia se llama parcimonia, la hipocresía devoción, la murmuración zelo, la venganza justicia, los engaños prudencia, la cobardía tolerancia. No es, pues, Señores, este el camino, que guía al Cielo, y que trillaron los Santos. Imitemos aquellas virtudes, que celebramos. Hagamonos dignos de alabanza mientras alabamos à otros. El deleite es breve, la pena perpetua, el trabajo poco, la Gloria infinita. Con estas palabras llenas de fuerza, y suavidad, exortaba San Francisco à sus hijos, y con ellas mismas intento yo persuadiros la fuga del vicio, y el sequito de la virtud. Entendedlas bien, y llevaoslas clavadas como saetas en el corazon: El deleite es breve, la pena perpetua, poco el trabajo, infinita la Gloria, y esto basta.



SER-

SERMON

DE SAN FRANCISCO

DE ASSIS.

DISCITE A ME, QUIA MITIS sum, & humilis, &c. Matth. cap. 21.



UNA pintura, que imite lo natural, es una de las cosas de que el buen gusto se ha mostrado siempre mas ambicioso. Y entonces el Pintor se acredita mas, y consigue, que sus obras sean buscadas con mayor solitud quando llega à delinear los obgetos con tal viveza, que haga equivocarse la naturaleza con el arte. Por esta causa fue tan celebrado Zeucis, que à sus pinturas no se les señalaba precio, por no abatirlas. Pero què mucho? si llegó à pintar unas ubas con tanta propiedad, que al mirarlas las aves se arrebatában desde las nubes à picarlas. Aun fue mas diestro, que el de Zeucis, el pincel de Parrhasio, pues pintò tan à lo natural una cortina en la pared de una galeria de su casa, que convidando à Zeucis, para que viesse las obras, que fingió tener tras la cortina, alargò Zeucis la mano para correrla creyendola verdadera. Y si Zeucis hasta entonces se gloriaba de haver engañado las aves con sus ubas, Parrhasio tuvo mayor razon para envanecerse por haver engañado al mismo Zeucis con su cortina. Casi igual fortuna de estimacion, y aprecio tuvieron los retratos de Alberto Durato, las laminas de Paulo Verones, y sobre todo las entretenidas líneas de Rafael Urbina Principe de los Pintores. Pero